

Crónica de un inolvidable día de la madre

Mónica Alejandra Coy Malo
Comunicadora Social Organizacional
Departamento de Comunicaciones
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia
Correo electrónico: monicacoy2@gmail.com



Y aquí estamos... sentados uno al lado del otro, al borde del abismo sin entender nada, formalmente en el comienzo de una vida tan falta de su presencia pero tan llena de su amor, en el inicio de una tormenta que jamás desaparecería y con la que finalmente algún día esperábamos aprender a vivir.

Preludio

El reloj marcaba las 6:47 de la tarde, y yo jugaba a ser la vendedora de una tienda de comida que tomaba la orden a los clientes. Mi cliente estaba sentado en la mesa del fondo, era una mujer elegante, decidida, de exterior fuerte,

pero de un suave interior que la convertía en la amiga de todos, doña Olga. Su risa iluminaba la habitación, ella me seguía la idea a la perfección, perfección que solo tienen quienes logran conocerme a profundidad y saben cómo me encanta hacer tonterías para sacar una que otra sonrisa. Entre chiste y chanza recostó su cabeza en mi hombro y agradeció las locas ideas de mi mente –¿Y cuánto cuesta el sándwich?, ¿Como ocho mil? – Soltó una risa y con sus ojos llenos de amor miró a Paolo, nuestro compañero de adversidades, y siguió dictando los ingredientes de su sándwich.

Pasaron 30 minutos para que diéramos fin a la preparación de los alimentos y nos sentáramos en la mesa a compartir en familia como era costumbre. Recuerdo cómo con sus tiernas caras comunicaba sus pensamientos, mientras se burlaba de mis historias, y aunque se preocupaba por ser la última en terminar sus alimentos, era feliz.

Terminó la hora de la comida y Olga Salavarría de Malo, mi cliente estrella, se sentó en el borde de su cama rodeada de libros y cachivaches, mi madre se recostó a ver televisión, y yo, por el contrario, fui a la cocina a terminar con los preparativos del día de la madre: un majestuoso plan que constaba de tres comidas, cuatro postres, veinte figuras hechas de origami y un par de sorpresas que llevábamos maquinando hace una semana con Paolito, como lo llamaba la abuela.

La víspera

–No recuerdo nada– dice Paolo, y la verdad es que yo tampoco, estaba tan preocupada por hacer de esta una celebración tan memorable que me es difícil contar con exactitud en qué momento fue que todo empezó a decaer.

Eran alrededor de las 9:10 de la noche, empezábamos a meter al horno la primera de las tortas, escuché a la abuelita ir al baño refunfuñando, molesta, fue entonces cuando comenzamos a prestar más atención a lo que le ocurría.

Mi mente estaba alerta y dividida, lo que me permitió escuchar que después de una hora de ires y venires por fin salía del baño, así que guiada por la preocupación acudí en su rescate. Cuando llegué a su cuarto todo había cambiado, estaba oscuro, silencioso... doña Olga, que con bastón en mano daba pequeños pasitos, con su rostro pálido me dijo –Estoy muy mala– y se recostó en la cama. Quise dejarla descansar, tal vez lo peor ya había pasado, así que volví a la cocina, sin antes mencionarle que estaría pendiente por si me necesitaba.

Las horas pasaron y nada mejoró, lo que había empezado como una dificultad para ir al baño se había convertido en un gran malestar que dejaba sin fuerzas a la mayor del hogar.

–¿Qué hora es?– Preguntó un poco confundida y con voz temblorosa. –Las 10:00 de la noche– dije con algo de afán en mi voz. –¡Las 12:00!– gritó Paolo desde la habitación.

Mi mente sabía que ya era hora de llamar a emergencias, y aunque eso significara arriesgarla después de cincuenta días de confinamiento por COVID-19, era lo mejor. Me acerqué hasta ella y consulté sobre la llamada, pero guiada por su pánico a las clínicas, me pidió que esperara un rato, que ya se sentía un poco mejor.

Después de un rato escuché su voz que me llamaba con afán, la abuelita se quejaba de un fuerte dolor de estómago. No pude más –¡Mamá, llama a AME!–

Eran las 12:47 de la madrugada cuando mi madre pudo comunicarse con ellos. Demoraron un par de minutos en llegar, y muchos menos revisándola e inyectándola por lo que catalogaron como “un mal rato”, mencionaron que realmente habían sido unas horas difíciles para ella, pero con las inyecciones estaría mejor y podría descansar.

Los médicos salieron de casa, cerré la puerta, me dirigí al sofá de la sala en donde se encontraba sentada, cuando la miré respiraba agitada –No puedo respirar, me estoy ahogando– mi madre tomó el teléfono y por fortuna alcanzaron a detener a los paramédicos a las afueras del conjunto residencial.

Traían consigo una bala de oxígeno y angustiados empezaron a revisarla, parecía ser un pequeño episodio de ansiedad por el temor que le causaba la idea de ir a una clínica. –Respire profundo– decía el paramédico, explicándole que tenía que hacerlo con calma para no sentir la falta de oxígeno. –Respire bien– le repetían hasta que lograron calmarla un poco, pero se-

guía respirando extraño, así que la enviaron a descansar.

Le cambié el pijama y del brazo de mi madre volvió hasta su cuarto, donde se recostó. Los tres gatos se acomodaron junto a ella y desde ese momento se quedaron allí como parte del paisaje. Mi madre, preocupada por la situación, se sentó en una silla a acompañarla y a tratar de enseñarle técnicas para que no respirara con tanto ahogo –Respira profundo mamá, así– ella lo intentaba, pero su cuerpo no respondía, mi madre cuenta cómo veía que su linda carita se llenaba de frustración porque no lograba respirar bien.

Poco a poco se fue calmando, recuerdo haberla escuchado respirar normal mientras dormía, se despertaba en tiempos cortos y su respiración volvía a ser agitada, me llamó un par de veces para pedirme medicina para el dolor, pero no podía dársela por la inyección, su mente se alcanzó a nublar en alguna medida y me hablaba cosas que no entendí del todo. Sumergidas en la angustia, mi mamá y yo, le pedimos que descansara, y con los ojitos apagados nos envió a nuestras habitaciones repitiendo una y otra vez que no quería ir al hospital.

Los pájaros iniciaban sus cantos de las 5:00 de la mañana, yo intentaba conciliar el sueño mientras permanecía alerta en caso de que me necesitara. Sin darme cuenta fui cerrando los ojos hasta quedar profundamente dormida.

Día de la madre

Eran las 7:00 de la mañana, abrí los ojos y la luz entró con fuerza hasta el último rincón de mi cerebro. Lo primero que pasó por mi mente fue la abuelita, –¿Habría que ir al médico?– solo había una forma de saberlo. Me levanté agitada, angustiada me asomé a su puerta y la vi recostada sobre su espalda, como quien descansa en calma, –Ahí está pintada, se quedó dormida con las piernas en el suelo– dije para mis adentros. Y era normal, porque usualmente después de levantarse al baño, el sueño la tomaba por sor-

presa y suavemente la acostaba dejando un pie fuera de la cama, para que su nietecita, angustiada de que pudiera caerse, le diera dos palmaditas en la pierna y la hiciera subir de nuevo.

Pensé en no despertarla, por fin estaba descansando, la miré con amor y me pareció que me observaba, me acerqué con lentitud y empecé a llamarla –Abuelita, abuelita– pero no respondía, miré su cuerpo, pero no logré percibir su respiración, nunca pensé en lo peor, pero sabía que algo no andaba bien.

Corrí a mi habitación y, con el menor tacto posible, le dije a Paolo –La abuelita está acostada boca arriba con los ojos abiertos– en cuestión de segundos se levantó de la cama y con su cara llena de tristeza me dijo –¡No inventes!– y caminó con gran agilidad hasta ella. Tomó su muñeca para tratar de sentirle el pulso, luego puso sus dedos en su cuello, bajó la mirada para tomar impulso y me miró, sus ojos estaban confundidos –La abuelita está muerta–.

Atónita, impávida, pálida, como quien no termina de entender lo que sucede, puse las manos entre mis cabellos y con desconsuelo entendí que la había perdido.

–Mamá, la abuelita se murió– Por un momento todo mi mundo se derrumbó. Los abrazos, las sonrisas, sus gestos particulares, nuestros momentos felices, todo pasó rápidamente por mi mente como un flashback que la despedía, alejándola de mí con rapidez, el resto de día lo viví en modo automático.

Hoy, 24 de mayo, recuerdo que las horas posteriores a su muerte transcurrieron rápidamente. Veo llegar a los médicos que se llevaron consigo mi última esperanza, a los trabajadores de la funeraria moviendo a Nube, la más fiel compañera de cuatro patas que alguien podría tener, quien aun viendo el rostro de su amiga cubierto por las sábanas la acompañaba hasta su último instante, me veo sentada en la sala de espera de la funeraria, escogiendo el cajón color marfil, viendo la caja de madera en donde irían sus cenizas, me

veo en el cuarto de duelo revisando que, como siempre, estuviera hermosa, percibo el olor de las flores del cementerio, recuerdo la hermosa misa de despedida, me veo corriendo junto a mi madre tratando de entender cómo hacer el primer día del novenario... pero lo que más recuerdo, es haberme preguntado una y otra vez cómo, en tan solo seis horas, habíamos pasado de la felicidad a la profunda tristeza.

Dicen que lo primero que olvidas de las personas es el sonido de su voz, pero eso no me preocupaba. En cuestión de segundos en mi mente trascurrió toda mi vida, como una película que con cierta rapidez me permitió verla siempre allí, a mi lado. En ese momento comprendí que cuando te has encargado de disfrutar de una gran vida y hasta tu nombre suena como de película, no tendrás más remedio que

convertirte en un recuerdo que se fijará en la mente y los corazones de quienes te conocieron.



En memoria de Olga Salavarieta de Malo, la mejor mamá grande del mundo.